

# “La locura y la imaginación, villanos de nuestra era” - Felipe J. Muslera

## **INTRODUCCIÓN**

Por si el título no era suficiente, recordemos que en ésta presentación, serán tratados dos temas: la imaginación y la locura.

La amplitud que pueden abarcar estas temáticas (y la extensión del debate que pueden conllevar, aun así sin llegar a conclusión alguna) son precisamente los motivos de mi elección, y mi orientación a su análisis dentro de los marcos “morales” de nuestra sociedad.

**¿Qué es la “locura”?** ¿Qué la define? ¿Qué nos motiva (como individuos, pero principalmente como sociedad) a intentar constantemente aislarla, asignarla, utilizarla como justificación, aprovecharla, culparla, y hasta atribuirle voluntad y ánimo propios?

**¿Cuáles son los límites positivo-negativos de la imaginación?** ¿Por qué existen imaginaciones productivas (invenciones, desarrollo tecnológico, investigación) e imaginaciones “improductivas” (utopías sociales, filosofía, arte, paranoia)? ¿Por qué es “infantil” ser imaginativo y “mejor tener los pies sobre la tierra”?

Más arriba subrayé la palabra conclusión, porque la considero central en éste aspecto. El intento constante de “llegar a una conclusión”, es decir, “añadir cierto conocimiento a la lista (catálogo) de conocimientos acumulados de la sociedad cientificista”, lleva muchas veces a tildar de loco, soñador, paranoico, y otros tantos adjetivos “calificativos” que, en dicha sociedad, tienen una connotación ciertamente negativa, pues atenta contra los cimientos de este cientificismo: el fijar lugares comunes de acuerdo y bases de conocimiento sobre las que todos puedan trabajar, es decir: ya no cuestionar, sino aceptar ciertas cosas que son “verdades universales”, aunque sean verdades fabricadas, plantadas, y financiadas por esta concepción, en su lucha por imponerse. Ciertamente es que muchos de ellos podrían llamarme loco, soñador, paranoico, y tanto en su concepción, como en la mía, sería correcto. Simplemente la connotación de esas palabras es, para mí, un tanto diferente.

Nuestro camino no concluye. La historia nos lo ha demostrado. La humanidad, en sus diversas expresiones y situaciones, se ha encontrado a lo largo del tiempo injusticias, imperios, genocidios, conformismos, indiferencias, y siempre, siempre, el camino continuó. Todas estas situaciones pueden haber parecido muchas veces el fin (y para muchos lo fue), sin embargo, inclusive en el fin del fin (el potencial “fin del mundo” del que muchos nos advierten y pretenden atemorizar), nuestra historia continuará, pues no somos más que una porción del pulso del universo. Es inútil buscar conclusiones cuando no puede haber una conclusión, ni siquiera en la muerte.

Entiendo muy bien que para la “comunidad científica”, esto representa el caos, la anarquía total. Volver al pre-cientificismo, donde todo era cuestionado y cuestionable. Lo entiendo y hasta lo valoro, inútil sería intentar convencernos de una ciencia prescindible, con todos los avances y mejoras en la calidad y cantidad de vida que disfrutamos hoy día.

Sin embargo... ¿Qué hay del resto de nosotros? Los pobres mortales que no podemos vivir aislados en nuestro laboratorio o despacho, sino que debemos conformarnos con depender de nuestras horas de trabajo para subsistir... ¿Qué hacemos con sus conclusiones? Porque, para nosotros, la única conclusión que podemos tener es la muerte, y como ya dijimos anteriormente, probablemente ni siquiera eso represente una conclusión más que para nuestras vidas.

Si bien los nuestros son temas que pueden (deberían) requerir un análisis exhaustivo, y desde múltiples puntos de vista, durante este intento de acercamiento, pondré especial énfasis en su relación con las llamadas “buenas costumbres”, “moral”, y otros conceptos análogos -en mi opinión- disparatados que están íntimamente relacionados con el Derecho, además de ser de mi interés en particular.

## **LA LOCURA**

*“Tengo una pregunta que a veces me tortura: ¿estoy loco yo o los locos son los demás?” -  
Albert Einstein*

*“Los locos abren los caminos que más tarde recorren los sabios.” – Carlo Dossi*

*“Una vez al año es lícito hacer locuras.” – San Agustín*

En ocasiones, nos referimos a la locura, y de maneras muy diversas. Es innegable que la frase “este está *re loco*” puede tener (tomando en cuenta simplemente nuestro barrio) múltiples y diversas acepciones, algunas “positivas” y otras intencionalmente utilizadas de manera “negativa”. Ahora bien, ¿qué define lo correcto o incorrecto de “estar *re loco*”? En mi opinión, nada más que el criterio de quien define.

No es curioso entonces que en una sociedad de premios y castigos (sobre todo, estos últimos), quienes están virtualmente “de un lado”, vean con malos ojos a quienes, según ellos, están “del otro”. No es llamativo, tampoco, que sea *de vital importancia* un método (“porque toda ciencia debe tenerlo”) para determinar (dictaminar) quién está loco y quién no lo está. Qué criterio es el que debe prevalecer y cuál es el que debe aislarse para que no se vaya a expandir ni reproducir. Quién debe agregarse al catálogo como “loco” y quién es apto para desenvolverse “con normalidad” dentro de las márgenes de la película de la humanidad occidentalizada. Humanidad que de las narices se arrastra tambaleante, errante y rebotando entre las opciones que le son presentadas como “correctas”, “posibles”, y hasta “inevitables”.

Los márgenes de la locura, entonces, están definidos por los parámetros de la sociedad. Ejemplos como el de Galileo o Einstein bastan para describir esta idea (cuestionados por “locos” o “raros” en su época, fueron fuente de referencia e investigación para las generaciones posteriores).

Organismos eclesiásticos, gubernamentales, mayorías, minorías, gremios, medios de comunicación y “opinólogos” profesionales moldean la idea que tenemos sobre lo que es correcto o incorrecto (el trabajo de incorporarnos la idea que existe algo correcto o incorrecto ya está hecho), nos advierten sobre esto, y nos alientan a que advirtamos la “locura” de quien no acate éstos parámetros, ya sea los acepte o siquiera conozca. El premio es tan claro, como vago y escueto: no ser uno el “loco”.

## **LA IMAGINACIÓN (...y el peligro que representa)**

Cuando somos niños (cuando yo era niño), usualmente se nos dice que es un aspecto fundamental de nuestras vidas la imaginación. Amigos imaginarios, juegos, historias... en fin, muchos ámbitos de nuestra vida incluyen la imaginación, y es algo “apreciable” entre las cualidades “positivas” de un niño.

A medida que vamos creciendo, y al entrar en la adolescencia, ciertos aspectos de ésta imaginación se tornan “negativos”, “atemporales” (“ya estás grande...”), “crónicos” (“lo que imagines ahora define tu vida para siempre...”) y suelen ser reprochados por éstas y otras instituciones de la moralidad humana; lo que es “correcto” y lo que uno “puede (y debe) o no hacer según su condición social”.

Cuando alcanzamos la adultez, la imaginación alcanza ya un estatus de lujuria, una amante a la que sólo podemos recurrir en los momentos más íntimos, amante a la que debemos mantener oculta del resto de nuestra esfera social. En las únicas ocasiones en las que se nos permite imaginar en público, es mientras imaginemos algún tipo de plan que incluya consumir, producir, financiar o desear algún tipo de producto o servicio.

Los desarrollos tecno-científicos han ayudado a extirpar de raíz el peligro de la imaginación en las generaciones venideras, con la cada vez mayor oferta de contenidos pre-imaginados. Los medios masivos de comunicación, las redes sociales, la pornografía, la “versión científica de la humanidad”... nos invitan a dejar de imaginar, y a consumir, nuevamente, las opciones presentadas como “correctas”, “posibles”, y hasta “inevitables”.

El trabajo de imaginar es ahora de la ciencia, que, al servicio de la humanidad, siempre estará disponible para brindarnos lo mejor de su capacidad imaginativa (cuando sea económicamente oportuno, claro, y según de qué “lado” estemos se tornará este “mejor” un aliado o el peor de los enemigos).

## **INCONCLUSIÓN**

Mucho se ha dicho sobre la necesidad constante de cuestionar lo establecido y lo universalmente aceptado. Mucho se ha hablado sobre el peligro que conllevaría (para el cientificismo) un retroceso hacia un estado de constante cuestionamiento

a sus verdades universales. Mucho han intentado convencernos de que ese peligro se extiende hacia el resto de la comunidad no-científica.

Poco hemos hecho para intentar romper esas barreras, que no son más que una extensión de ese tumor que es el capitalismo. El triunfo de esas ideas representa una gran parte de lo que este implica: un ideal inalcanzable (en este caso, la existencia de un conocimiento acumulable, inagotable, puro, noble y al servicio de todos) que nos es entregado a cuenta-gotas, cuando el mercado lo considera oportuno.

No dependemos de la ciencia, más sí ésta depende del mercado, que depende de nosotros. La idea de vivir más tiempo, implica consumir más. **La ciencia necesita que vivamos más para que podamos consumirla en mayor medida.**

Los parámetros de correcto e incorrecto entonces quedan dictaminados por lo que es “científicamente comprobado” y ya pocas elecciones quedan por tomar. Se está de un lado, o del otro. Comer, beber, drogarse, tener sexo, ser un loco o tener “los pies sobre la tierra” son cuestiones sobre las que la ciencia ya tiene el camino andado y poco queda por decir. Una sociedad antagónica digna de una verdadera fantasía *Hobbesiana*.

La propuesta de éste escritor es terminar con un principio, una invitación a descreer, a descubrir, y a intercambiar: locura, e imaginación, dos ideas que al día de hoy no pudieron ser probadas por la ciencia.

*“La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia.”*  
– Edgar A. Poe